

EL ONCE DE SEPTIEMBRE Y LA ÉTICA DE LA VIOLENCIA

Jorge Secada*
Universidad de Virginia
(EEUU)

La discusión en torno a la justificación moral de los actos de violencia que vienen asolando el mundo, resulta, a estas alturas, indispensable. Ello por cuanto, más allá de las consideraciones académicas o filosóficas a que dicha discusión pudiera llevar, es necesario hacer un análisis de la violencia que la humanidad viene perpetrando contra sí misma. El episodio del 11 de setiembre en Nueva York, la guerra de Estados Unidos contra Irak y el terrorismo en manos de Sendero Luminoso en el Perú, son muestras claras de dicha violencia; de la instrumentalización de los seres humanos. En opinión del autor, la consideración de las consecuencias de toda acción resulta relevante para la deliberación moral. Es por ello que, independientemente de que sean Estados o individuos los que, en nombre propio, realizan actos de violencia contra inocentes, utilizándolos como medios para alcanzar sus fines, la deliberación moral se erige como requisito indispensable a la hora de justificar moralmente dichos actos.

*Profesor de Filosofía de la Universidad de Virginia. Profesor visitante en las Universidades de la Columbia Británica, Santiago de Compostela, San Marcos de Lima, y del Estado de Nueva York. Profesor permanente del postgrado de filosofía en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fellow de St John's College en Cambridge entre 1980 y 1984.

Miles de inocentes fueron asesinados cruelmente el once de septiembre del 2001. Esos asesinatos manifestaban una voluntad de instrumentalizar a los seres humanos, de usar su sufrimiento o muerte como medio para fines ulteriores. Esa voluntad repugnante es esencial al terrorismo. Sin embargo, la disposición para excusar o usar injustificadamente el sufrimiento humano apelando a fines ulteriores es común a muchos más que a aquéllos a quienes usual y correctamente llamamos terroristas.

Hay quienes buscan justificar los actos del once de septiembre apelando a los fines admirables que motivaron a los terroristas. Otros tal vez no lleguen a justificar esos actos pero sí admitan que esos fines disminuyen la culpabilidad de los asesinos. Esta segunda reacción es más común fuera de los Estados Unidos que lo que parecen reconocer muchos dentro de los Estados Unidos.

Algunos fines son obviamente mejores que otros. Entre los fines que se citan en referencia a la masacre de las torres de Nueva York están castigar a los Estados Unidos por su política exterior, contribuir a purificar el Islam y subvertir la globalización. Tanto en los Estados Unidos como en otros países, los terroristas han apelado a varias utopías, a la justicia, a la libertad individual, a la liberación colectiva, a la

democracia, y a otros bienes para justificar sus carnicerías y el sufrimiento que han causado. Y constantemente aquéllos que actúan en nombre de estados que llevan a cabo actos de violencia monstruosa contra inocentes apelan a estos mismos fines para justificar sus acciones.

Las consecuencias de una acción y su relación como medio para un fin, y la certeza con que se conoce esa relación son relevantes moralmente. Pero esto no debe ocultar el hecho de que la matanza y el sufrimiento de inocentes es una maldad, una maldad de la que son responsables aquéllos que la causan libremente. Y esta responsabilidad tendrá que descargarse, so pena de culpabilidad moral.

Para poder justificar un acto, la referencia a un fin ulterior debe tomar en cuenta la magnitud del mal que se usa como medio, la relación que hay entre ese acto y el fin que lo justifica, y la certeza con que se conoce esta relación. La siguiente disyuntiva debe conocerse con la mayor certeza práctica: o el mal que se propone como medio, o un mal claramente mayor, resultado de no usar ese medio, sucederá inevitablemente. Este es un requisito evidente si el medio del que estamos hablando es la muerte salvaje de una niña. Al contemplar la guerra, todo buen gobernante está obligado a reflexionar detenida y cuidadosamente, con la menor pasión y la mayor humildad posibles. Puesto de manera breve y contundente: ¿qué certeza práctica, qué claridad de conciencia se necesita para justificar arrancarle de cuajo los brazos y las piernas a un niño de ocho años?

Es cierto que las diferencias entre los distintos fines con que los terroristas y otros criminales y asesinos buscan justificar sus acciones pueden ser relevantes para la calidad moral de estos agentes. Algunos son personas perversas sin atenuantes ni matices, otros son necios que están confundidos moralmente. Pero sus acciones perversas no obtendrán justificación alguna de la sola referencia a un gran bien.

La consideración de las consecuencias de nuestras acciones es obviamente relevante para la deliberación moral. A veces no hay opción que no tenga como resultado algún mal. En tales circunstancias uno debe evidentemente optar por el mal menor. Aunque la muerte de un niño es un mal, parece claramente peor la muerte de dos niños. Sin embargo, antes de embarcarse en acciones que tendrán como consecuencia previsible la muerte de un niño, hay que tener bastante certeza de que uno está evitando un mal claramente mayor que no puede evitarse de mejor manera.

Pueden haber acciones plenamente justificables que tienen consecuencias tanto buenas como malas. Hay acciones justificables que se pueden describir de maneras contradictorias moralmente: salvar a un niño puede ser matar a un niño si de lo que estamos hablando es de la cirugía necesaria para separar a siameses que morirían si no se les opera. Pero al menos algunos requisitos mínimos que deben satisfacer quienes deliberan sobre si realizar tales acciones son claros: la inevitabilidad de malas consecuencias, y la relación y correspondencia entre el mal que se considera, por ejemplo, el descuartizamiento cruel de un niño, y el bien que resultará de él, la democracia, deben conocerse con tanta claridad y certeza como exija lo que esté en juego moralmente. Durante deliberaciones semejantes es importante tener presente que siempre es mejor sufrir una injusticia que cometerla.

Es fácil perder de vista estos requisitos y no percibir su importancia decisiva dentro de la deliberación moral, especialmente si deshumanizamos a las víctimas de nuestras acciones y nos referimos a ellas como «bajas» o «daño colateral». Algún terrorista puede haber pensado que sus víctimas eran mártires de la revolución.

No me solidarizo con quienes dicen que el once de septiembre nosotros fuimos víctimas de un ataque terrorista y con ese «nosotros» se refieren a los Estados Unidos de Norteamérica. Esta entidad colectiva, los Estados Unidos, es parte de una larga lista de entidades que sufrieron como consecuencia de esos actos. Primero están todos los inocentes que fueron asesinados, los que quedaron huérfanos, los que perdieron a un hermano o a una esposa o a un hijo, y hasta los amigos y familiares enlutados. Por encima está también la humanidad. No puedo solidarizarme con una manera de hablar que deshumaniza a los eventos de ese día y sus víctimas, y que en esa medida facilita reacciones moralmente repugnantes.

Puede que sea necesario hacer referencia a estados y otros grupos semejantes cuando analizamos esos eventos, cuando tratamos de explicarlos. Pero debemos recordar que al hablar de esa manera estamos ocultando los hechos moralmente relevantes, que murieron más de 3000 inocentes, que muchos miles más fueron sumidos en un infierno.

Contemplar matar y torturar sin la debida deliberación es común a terroristas, a muchos que actúan en nombre de estados y también a muchísimos más que irresponsablemente los apoyan.

Consideremos ahora otra de las maneras en que se describen los hechos del once de septiembre. No se trató de simples asesinatos sino de actos de guerra. Así han caracterizado esas acciones y su respuesta a ellas los agentes del gobierno de los Estados Unidos.

Tal vez los miembros del gobierno estadounidense no perciban la justificación moral que le están facilitando a por lo menos algunos terroristas que ahora pueden argüir que son combatientes en una guerra siguiendo las órdenes militares de sus superiores. Así la guerra sea injusta, como son la mayoría para todas las partes y todas para al menos una, a los meros combatientes no se les debe tratar como criminales o asesinos.

Lo que los oficiales del gobierno estadounidense ciertamente perciben con claridad es el poder que les da esta caracterización en el trato con los terroristas y sus cómplices, quienes según el secretario de justicia no merecen la protección que brinda la constitución estadounidense. Más aún, ahora pueden tratar a sus enemigos como criminales de guerra responsables de crímenes contra la humanidad. Pueden permanecer detenidos indefinidamente, pueden ser juzgados sumariamente en cortes militares. Lo que se necesita para generalizar este trato a todos los terroristas, a pesar de que en la guerra los combatientes tienen derechos y beneficios que no tiene un criminal común, es fácil de prever: negarles la calidad de simples combatientes, y tratarlos más bien como instigadores, conspiradores, y líderes, como criminales de guerra. En este contexto conviene señalar la equivocidad del vocablo «guerra». Hablamos de una guerra contra el crimen o contra las drogas. Una universidad puede decidir emprender una guerra contra la flojera o el plagio. Y los nutricionistas constantemente le declaran la guerra a las grasas, la sal y el azúcar.

Estas guerras deben distinguirse de la lucha armada entre un estado y otro, o entre grupos organizados y efectivos dentro de un estado en que pueden todos ellos reivindicar para sí con alguna credibilidad la legitimidad y propósito de los estados. Por supuesto, es solamente la guerra en este segundo sentido lo que podría justificar las acciones del once de septiembre o mitigar su maldad, o justificar reaccionar ante ellas con la violencia que caracteriza a la guerra, a diferencia, por ejemplo, del uso de fuerza apropiado para perseguir y apresar a criminales comunes.

La referencia a estados es crucial. Solamente pueden emprender guerras quienes pueden reclamar razonablemente actuar en nombre de un estado, y cuentan con el apoyo de al menos un número significativo de los miembros de ese estado. En cuanto tales, las personas individuales, los ciudadanos de un estado, ya sea que actúen independientemente, ya sea que se agrupen en bandas, no tienen la autoridad para promulgar e imponer leyes, recolectar impuestos, emprender guerras y hacer todas las otras cosas que solamente los estados pueden hacer legítimamente. Un individuo, sin interesar qué tan poderoso sea ni con qué medios pueda contar, no puede emprender una guerra apoyado simplemente en su autoridad individual. Ni el ladrón de bancos que roba un banco usando una bomba atómica, ni el mafioso que impone su voluntad sobre la población usando una pandilla de decenas de miles, está emprendiendo guerras. Y una razón para ello es que no tienen ni pueden con la menor credibilidad pretender que tienen aquella autoridad que le pertenece solamente a los estados.

Es precisamente la usurpación de esa autoridad cuando se emprenden guerras claramente injustas lo que legitima el trato severo y especial que se le da a quienes cometen tales crímenes contra la humanidad. Caracterizar a un criminal como criminal de guerra no es, por lo tanto, una cuestión de eficiencia administrativa o burocrática, o de preferencia en cuanto al uso de las palabras. Es algo que tiene que justificarse.

El mundo ha cambiado mucho en las últimas décadas. Es posible que las naciones estén evolucionando hacia algo distinto, o que sencillamente estén desapareciendo. Puede ser que la humanidad esté adoptando formas de organización social muy distintas a las que han existido hasta ahora. Lo que sin embargo no corre ningún peligro de extinción es la autoridad que por naturaleza le pertenece a las sociedades para la consecución del bien común. Y la guerra es algo que puede suceder solamente bajo esa autoridad, ya sea efectiva y legítima, ya sea al menos reivindicada con algo de credibilidad.

Atendiendo solamente a esta condición mínima pero necesaria, no veo cómo los eventos del once de septiembre podrían considerarse actos de guerra. Los que los llevaron a cabo, Osama Bin Laden y su banda, nunca han pretendido actuar con esa autoridad. A veces hacen referencia a una «guerra santa», aunque generalmente no como justificación de la masacre del once de septiembre. Es difícil establecer qué tan creíble es

su reivindicación de la autoridad necesaria para declarar una guerra santa en el nombre del Islam en contra de occidente. Ni siquiera es claro que semejante «guerra santa», emprendida sin la autoridad de la sociedad organizada, sea efectivamente una guerra en el sentido que nos interesa. Los fanáticos religiosos pueden ser simples criminales.

El gobierno de Afganistán no ha sido acusado de llevar a cabo esos actos. La acusación es más bien que está sirviendo de refugio a quienes sí tienen responsabilidad directa.

Parece entonces que las acciones del once de septiembre fueron simples crímenes y no actos de guerra. No se llevaron a cabo en nombre de un estado.

Para que una guerra sea legítima es necesario que se den al menos las siguientes condiciones:

1. La guerra debe emprenderse bajo la autoridad de un gobierno legítimo;
2. Debe tener como finalidad un objetivo justo (entre los que se encuentran la defensa propia, la ayuda a aliados que se vean envueltos en una guerra justa, la protección de inocentes);
3. Debe buscar causar el daño mínimo necesario para conseguir el fin justo;
4. Debe nacer de la deliberación cuidadosa, consciente de la falibilidad de las propias convicciones y de los límites de lo conocido.

Los soldados pueden actuar justificadamente al realizar actos de guerra aunque el estado por el cual pelean no esté justificado al emprender la guerra. Los soldados y los ciudadanos pueden confiar legítimamente en sus líderes. Aunque todos tenemos el deber de establecer la justicia de las guerras que emprendemos colectivamente, no se nos puede culpar si nos apoyamos en el juicio de nuestros líderes legítimos, particularmente cuando existe la apariencia de que la guerra es justa, la deliberación es compleja, y la información relevante es muy difícil de obtener. La guerra justa es un mal inevitable, un mal que se justifica por referencia a un bien mayor. Al deliberar sobre si emprender una guerra o no, hay que tener en mente que «lo que se hace en la guerra es grave y hasta atroz -carnicerías, incendios, devastaciones», que «no basta una injuria cualquiera y de cualquier gravedad para hacer la guerra» y que emprender una guerra sin la deliberación debida es un crimen mayor.¹ Un

¹ DE VITTORIA, Francisco. «De indis II, sive de iure bello». p.14.

principio importante en este contexto es, justamente, que es preferible sufrir una injusticia que cometerla.

Una guerra tal vez pueda justificarse como necesaria para capturar criminales y evitar que futuros criminales encuentren refugio en un estado cómplice. Pero para que una guerra se justifique, deben conocerse los hechos relevantes, y debe haber tanta certeza como es posible en la práctica de que es imposible evitar un mal mucho mayor sin causar el enorme sufrimiento que es resultado de la guerra.

He escuchado al secretario Powell decir que uno de los objetivos del bombardeo de Afganistán era hacerle entender a los que apoyaban al régimen talibán que ese apoyo les acarrearía solamente sufrimiento y dolor, y al presidente Bush decir que el momento para negociar ya había pasado, mientras iniciaba el bombardeo. No ha habido ni siquiera la apariencia de deliberación cuidadosa y clara.

Parece razonable inferir que el bombardeo y las subsiguientes acciones bélicas fueron respuestas ilegítimas frente a actos terroristas, aunque uno distingue entre la calidad moral de los diversos criminales. Parece razonable inferir que quienes decidieron la reacción estadounidense ante los eventos del once de septiembre no deliberaron debidamente.

Quienes actúan en nombre de un estado pueden cometer crímenes similares a los de los terroristas. Quien actúa en nombre de un estado puede terminar usando a seres humanos inocentes y su sufrimiento, efectivo o posible, en nombre de objetivos admirables. El secretario Powell nos da muestra de ello, así como también lo hacen casi a diario diversos agentes del gobierno israelí. Y sabemos que quienes actúan en nombre de un estado pueden asesinar y torturar.

III

Cuando se ven los actos del once de septiembre como simples asesinatos, la visión del mundo de aquéllos que los cometieron deja de ser importante para su evaluación moral. Puede que sea relevante si buscamos entender a esas personas o impedir que otros realicen actos semejantes, o si queremos apresarlos o nos interesa la psicología del mal.

No hay motivación común a todo terrorista, así como no hay motivación común a todo criminal o asesino. Soy peruano. Durante mucho tiempo las únicas noticias del Perú que llegaban a los

Estados Unidos se referían al terrorismo que asoló a mi país aproximadamente entre 1980 y 1995. Permítanme simplificar y referirme esquemáticamente solamente a uno de los grupos terroristas peruanos, el Partido Comunista del Perú – Sendero Luminoso, una organización criminal inspirada en una vertiente del pensamiento marxista.

Sendero Luminoso sumió al Perú en años de terror durante los que murieron 30,000 personas, muertos inocentes en manos de los terroristas o de las fuerzas del estado que los combatieron. Sendero entraba a un pueblo, un pueblo de apenas pocos cientos de habitantes, apesaba y juzgaba sumariamente al alcalde y a otras autoridades y luego los ejecutaba en público, de manera cruel y espantosa, obligando a la gente, a parientes y amigos, a mirar la tortura. Hicieron esto muchas veces.

Eventualmente el terror senderista alcanzó las ciudades. El clímax llegó con la explosión de una gigantesca bomba en el centro comercial de Lima a las seis de la tarde. Muchos inocentes murieron ese día; recuerdo que uno era dentista y estaba atendiendo a un paciente cuando ambos fueron destrozados. Muchos quedaron mutilados. Y muchísimos más perdieron a una persona amada.

Los peruanos nunca apoyaron a los terroristas. Sendero no fue nunca más que una banda de unos cuantos miles. Pero cientos de miles de peruanos sufrieron directa y salvajemente la violencia que generaron. Muchos dejaron sus pueblos aterrados por Sendero y por las fuerzas estatales. A comienzos de los 80 el ejército y la marina, luchando en contra del terrorismo, entraban a pueblos en donde había habido actividad senderista y capturaban o mataban a toda persona que pudiese ser terrorista. A Sendero no le tomó mucho incrementar su actividad en las poblaciones que más se les resistían. Aunque eventualmente las fuerzas del estado derrotaron a Sendero en el campo con la ayuda de la población, y en las ciudades con esmero policial e inteligencia, la lucha antiterrorista sirvió de coartada para muchísimos crímenes y atropellos, y para el abuso descarado del poder hasta fines de los 90.

¿Qué tienen en común los terroristas del once de septiembre y los terroristas de Sendero? Pues no mucho. A diferencia de los terroristas islámicos, una buena parte de los Senderistas eran mujeres, mujeres jóvenes que tenían papeles de liderazgo dentro de la organización.

Es difícil imaginar una célula de senderistas que

viviesen en Fort Lauderdale con sus familias durante un año, con diez mil dólares al mes, para después estrellarse en un avión contra las torres de Nueva York. Es más fácil suponer que al cabo de un año, once meses, y veintinueve días ya hubiesen elaborado alguna racionalización sutil aduciendo que las condiciones históricas objetivas no recomendaban el atentado.

Muchos miembros de Sendero eran jóvenes de clase media baja llevados hasta la desesperación criminal por su pobreza. Eran fanáticos, pero no fanáticos religiosos. Sus motivaciones eran muy distintas a las de los del once de septiembre. Sus objetivos también eran distintos. Los senderistas creían en la ciencia marxista de la historia, en el progreso y la modernidad.

Lo que sí tienen en común ambos grupos es la voluntad de usar a los seres humanos para lograr un bien. Un objetivo suficientemente bueno justifica causar daño monstruoso a mucha gente inocente. Ambos grupos terroristas emprendieron cálculos de enorme riesgo moral, y ciertamente sin el debido cuidado ni consideración.

Otra cosa que tienen en común los terroristas de Sendero y de *al Qaeda* es odio hacia el gobierno de los Estados Unidos y muchas de sus políticas, y tal vez también hacia mucho de la sociedad estadounidense. Una de las maneras en que ambos podrían justificar sus acciones es sosteniendo que son castigo por las agresiones de los Estados Unidos.

Los estadounidenses deberían reflexionar sobre las fuentes de este sentimiento común, pues se trata de un odio que, variando mucho en cuanto a grado y tipo, albergan muchísimas personas más que los terroristas y quienes los apoyan. En efecto, este es el origen de mucha confusión moral en torno a los eventos del once de septiembre, confusión manifestada justamente por quienes creen justificar en alguna medida a los terroristas al describir sus acciones como «respuestas» más o menos comprensibles frente a la política exterior estadounidense.

Durante los ochenta y los noventa algunas personas bienintencionadas en California, en Suecia, en Francia y en otros lugares de los Estados Unidos y de Europa hablaban de los criminales senderistas como luchadores por la liberación de los indígenas peruanos. Y los apoyaban financieramente. Algunos de estos inocentes puede que hasta ahora creen que hicieron bien. Lori Berenson, una joven neoyorquina confundida y patética fue al Perú para unirse a uno de los grupos terroristas. Hasta

el día de hoy insiste en traer a colación las diferencias raciales y sociales en el Perú cuando se discuten sus actividades y las de otros terroristas de los que fue cómplice. Ante los ojos de muchos peruanos, tanto pobres como ricos, Berenson es la viva imagen de la soberbia estadounidense.

IV

Al considerar los eventos del once de septiembre y el terrorismo de estado no podemos dejar de mencionar que esa fecha es infame desde mucho antes de que cayesen las torres de Nueva York. Toda mi vida recordaré qué hice el once de septiembre de mil novecientos setenta y tres. Me perturba que tan pocos estadounidenses, aun entre la gente informada, recuerden la infamia de esa fecha. El once de septiembre de mil novecientos setenta y tres los militares chilenos, con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, mataron al presidente Salvador Allende. Ese fue el día en que Allende murió defendiendo la democracia en Chile.

Uno de los asesinos de Allende, asesino al menos tanto como son responsables los talibanes por la masacre de las torres gemelas, camina libremente por las calles de Nueva York y Washington DC. Este sinvergüenza, ex-secretario de estado, se presenta en televisión para aconsejar acerca de la mejor respuesta estadounidense frente al terrorismo reciente.

Esto es indignante. Y en cuanto lo aceptamos sin denunciarlo, ya sea conociendo los hechos o por cómoda ignorancia, participamos en alguna medida de la mentalidad deshumanizadora del terrorismo y el asesinato. Miles de inocentes murieron en Chile. Miles fueron torturados o desaparecieron dejando tras de ellos niños que crecieron sin saber qué fue de sus padres. ¿Y qué? Se logró derribar un gobierno comunista. ¿Qué importa si el tirano que ayudamos a usurpar el gobierno chileno se burló de las fosas comunes citando la eficiencia del estado? ¿Y qué si al ministro Orlando Letelier y a su secretaria, una ciudadana estadounidense, los volaron en mil pedazos en la plaza Dupont? Se actuó defendiendo los intereses de los Estados Unidos. A la larga tal vez si no se detenía a Allende y a su gobierno comunista más gente hubiese sufrido. Y además ese fue un elemento más entre los muchos que llevaron a la derrota de la Unión Soviética y la liberación de Europa. Etcétera, etcétera.

Para que un cálculo utilitario semejante justifique esas acciones, se tendrían que examinar cuidadosamente otras alternativas y estimar con

objetividad sus probabilidades, y habría que tener bastante certeza sobre muchas verdades contrafácticas. Es obvio que los militares golpistas chilenos, y quienes actuaron en nombre del gobierno estadounidense para apoyarlos, solo tuvieron la certeza y el cuidado de los criminales.

Se bombardea una fábrica en el Sudán, y con mucha discreción eventualmente se admite que no se trataba de una fábrica de armas químicas y que se cometió un error. Recuerdo haber escuchado a colegas, intelectuales críticos e informados, decir que confiaban en que su gobierno sabía lo que hacía y que a esos ingenieros alemanes que dijeron desde el comienzo que era una fábrica de leche en polvo no se les podía creer.

¿Aprendimos alguna lección de los miles de inocentes panameños que mataron los soldados estadounidenses? ¿Podemos seguir refugiándonos en una supuesta ignorancia? ¿Podemos acaso continuar dándole el beneficio de la duda a quienes actúan en nombre del gobierno estadounidense cuando hay tanto en juego, cuando corremos el peligro de terminar siendo cómplices de asesinatos? El historial de los gobiernos es importante cuando consideramos estas preguntas; y el prontuario del gobierno estadounidense no lo favorece.

Con los años me he vuelto desconfiado de la prensa y de los que hablan en nombre de los gobiernos. Ciertamente no confío en los poderosos cuando, dado su historial, ellos mismos no están dispuestos a ser completamente transparentes y revelar lo que saben. Ni puedo quedarme satisfecho con el mero hecho de que nuestros gobernantes estén en el bando bueno y sus objetivos sean iguales que los míos (suponiendo que así fuese). Ni tampoco puedo ya suponer que la prensa me informa imparcialmente y busca darme acceso a toda la información relevante.

El deseo de entender a quienes no comparten nuestros puntos de vista, de aprender cómo nos ven quienes están distantes en el espacio y el espíritu, es un deseo saludable y alentador. Pero no debe confundirnos sobre la naturaleza moral de los eventos del once de septiembre. Más bien debe recordarnos el deber que tenemos, en cuanto somos ciudadanos de estados que llevan a cabo actos de violencia contra inocentes, de conocer los hechos y examinar los argumentos que se nos ofrecen, y de hacer lo que podamos hacer legítimamente para detener la injusticia y

descargar nuestra responsabilidad personal por los actos de nuestros gobiernos.

Este deseo es una de las reacciones más positivas del pueblo estadounidense frente al terrorismo. Sugiere la auto-reflexión, la autocrítica, y la humildad. La deliberación moral no se nutre con el orgullo y la autoafirmación. La soberbia es un vicio particularmente repugnante cuando lo que está en juego moralmente es tan grave, por ejemplo, la responsabilidad por el sufrimiento desmedido y espantoso de muchísimos bebés y niños. No debemos deshumanizar las matanzas ni hacer digerible el sufrimiento de los inocentes. Podemos aceptar que un mal terrible es preferible a un mal claramente mayor, sin negar la monstruosidad del mal que cometeremos pero que no podemos evitar. Al deshumanizar estos hechos lo que hacemos es facilitar la irresponsabilidad deliberativa, y olvidamos el principio de que es mejor ser víctima del terrorismo que ser un asesino, así como es mejor errar del lado de la generosidad y el amor, que participar de la mentalidad de los criminales.

¿Cuánto nos costará aprender a vivir juntos y a respetarnos mutuamente? ¿Cuántas muertes? ¿El sufrimiento de cuántos millones de inocentes?

Aquí en los Estados Unidos debemos recordar que la confianza en las propias convicciones debe matizarse con el respeto genuino por las convicciones de quienes piensan distinto que nosotros. El diálogo y la búsqueda de consenso son obligaciones a las que no escapa estado alguno. Ningún estado es líder natural de todo el mundo. Cuando está en juego el destino de la humanidad, todos, individual y colectivamente, somos pares en una empresa común.²

V

Este artículo apareció originalmente en inglés, en una colección de escritos de teólogos y filósofos en torno a los atentados terroristas del once de septiembre.³ Se dirige a lectores estadounidenses. Esta versión en castellano contiene algunos cambios menores y esta nota. El trabajo original se basa en conferencias que di durante octubre y noviembre del 2001, a poco de la destrucción de las torres de Nueva York, en Mary Baldwin College y en la Universidad de Virginia. En los Estados Unidos, el contexto de la discusión pública sobre terrorismo, guerra, y justicia ha cambiado sustancialmente en los últimos dos años, pero los puntos que esboché entonces siguen siendo relevantes, y los

² Agradezco a quienes asistieron a la presentación de versiones de las primeras cuatro secciones de este artículo en Mary Baldwin College y en la Universidad de Virginia en octubre y noviembre del 2001; la versión final se ha beneficiado mucho de los comentarios y preguntas que me hicieron en esas oportunidades.

³ BERQUIST, Jon L. (ed.). «Strike Terror No More: Theology, ethics, and the new war». Chalice Press, St Louis, 2002.

argumentos válidos y pertinentes. Cuando escribí este artículo tenía una visión relativamente pesimista de estas cosas y muy pocas esperanzas de que se pudiese evitar más muerte y sufrimiento. Ahora no tengo ninguna expectativa siquiera respecto del curso de la discusión de estos asuntos. Un insidioso equívoco la aqueja tanto en Estados Unidos como en el Perú. El pasado lo podemos conocer y podemos explicarlo o entenderlo de diversas formas, pero el futuro en buena medida lo hacemos y está en nuestras manos. Es evidente que existen conocimientos económicos y sociales que tiene un papel central en la deliberación pública, pero ni la economía ni la sociología ni las dos juntas van a determinar una respuesta a la pregunta ¿qué hacer? Recuperar la discusión moral de las cosas de interés público no es sino pensar con claridad.

Comenzada ya la guerra contra Irak, el presidente Bush declaró que los Estados Unidos no querían más recompensa que la paz. Bush había decidido que los Estados Unidos se veían obligados a emprender una guerra y por lo tanto a matar inocentes de manera cruel y salvaje, obligados porque esa era la mejor manera de evitar males mucho mayores. No suponer que esto es así es presuponer que Bush y su gobierno son culpables de crímenes contra la humanidad. Pero al concederle esta justificación genérica al gobierno estadounidense, adquirimos el derecho a examinar y evaluar su aplicación concreta. Se nos revela entonces la pobreza moral de quienes sumieron a cientos de miles o tal vez hasta millones de iraquíes en una pesadilla dantesca. Hablar de recompensas en estas circunstancias, como lo hizo Bush, revela una peculiar torpeza. ¿Acaso no es obvio que si nos viésemos obligados a descuartizar y dejar morir lentamente a un niño para salvar a todo el resto de su numeroso pueblo, lo último en lo que debemos de estar pensando mientras llevamos a cabo nuestro monstruoso deber es en nuestras recompensas? Como ha señalado mi colega Talbot Brewer, esas declaraciones de Bush revelan un ánimo moralmente corrupto. Confirman además mis dudas acerca de la rectitud de las deliberaciones de los gobernantes estadounidenses. Y ejemplifican claramente cómo la retórica deshumanizadora cubre con facilidad el horror y el espanto.

El proceso que llevó a la guerra contra Irak es complejo. Alberga banalidades, como el odio que le tiene Bush a Saddam Hussein por haber tratado de matar a su padre, y también móviles mucho más siniestros, como la convicción desplegada por la mayoría de congresistas y senadores demócratas de que derrocar a Hussein

era por sí mismo un fin suficiente para justificar la guerra, o la planificación anticipadísima y desvergonzada de la repartija de la economía iraquí entre corporaciones estadounidenses y británicas.

Merece la pena aludir también a un aspecto del contexto de la guerra contra Irak que no ha sido objeto de mayor discusión ni aquí ni en los Estados Unidos, aunque sí en Europa. Desde fines de los noventa los Estados Unidos ha obstaculizado de diversas maneras la unificación política y militar europea, fomentando alianzas regionales alternativas y usando tratados bilaterales con los países de Europa oriental. El enfrentamiento con Francia y con Alemania, la designación de Polonia como potencia ocupadora del norte de Irak, la alianza angloamericana, y hasta buena parte de la política exterior tanto inglesa como francesa pueden entenderse mejor dentro de este contexto. Ciertamente, la comprensión de cómo se llega a la guerra debe tener en cuenta las relaciones entre los Estados Unidos y los países europeos, y, en la era de la tan mentada globalización postmoderna, debe apelar a concepciones decimonónicas del interés nacional.

Para entender porqué la guerra hay que entender al pueblo estadounidense, un pueblo obsesionado con su propia seguridad, conciente de su lugar en el mundo y absolutamente poseído por su cultura y sus certezas. A diferencia de nuestro liberalismo criollo que propician comerciantes interesados o novelistas confusos, el radicalismo liberal en Estados Unidos es sincero y casi universal. Llevados por sus temores y azuzados por los atentados contra las torres de Nueva York, los estadounidenses están dispuestos, sin mayor reflexión, a apoyar el uso de la violencia bélica, a causar «matanza, incendios, desolación».⁴ Confían decididamente en su gobierno, y su gobierno ha utilizado descaradamente ese miedo y esta confianza para llevar a cabo sus políticas imperiales. «El poder del orgullo», lema popular en los Estados Unidos en los últimos tiempos, se despliega impreso sobre una bandera al viento en parachoques, vitrinas, maletines y publicaciones. No sorprende que un niño de Kansas diga que los Estados Unidos debe eliminar a «Saddam» y a cuanto dictador exista por ahí para hacerle un bien a los hombres, para ser la luz de la humanidad que anunciaron sus padres patrios, ni extraña que la prensa decida anunciarlo a los cuatro vientos. Ellos son

⁴ DE VITTORIA, Francisco. «Sobre el poder civil, Sobre los indios, Sobre el derecho de la guerra». Traducción de Luis Frayle Delgado. Tecnos, 1998. p. 176.

los buena gente, los que van a sacrificarse y a morir por la libertad de todos. Por eso impactó que el padre de uno de los primeros soldados estadounidenses muertos en Irak declarara abiertamente que culpaba a Bush por la muerte de su hijo, aunque luego se ahogase esta denuncia en un mar de historias de heroísmo abnegado en aras del bien y la justicia. Para el sentido común estadounidense, alimentado con las imágenes de las cárceles de Hussein y de las fosas comunes en Basora, ellos han ayudado a Irak, e Irak está en deuda con ellos.

Otro hecho relevante y digno de mención por lo exótico es la creación en torno al secretario de defensa estadounidenses Donald Rumsfeld de un círculo de asesores y ayudantes que incluye, entre otros, a Paul Wolfowitz, subsecretario de defensa, a Adam Shulsky, director de la oficina de planes especiales del Pentágono, y al controvertido asesor Richard Perle. Se trata de un grupo influido por las ideas de Leo Strauss, un emigrante alemán que fue profesor de política en la *New School* de Nueva York y en la universidad de Chicago, y que murió en 1973. Strauss es un fenómeno intelectual peculiarmente estadounidense, a pesar de que estuvo algunos años en Inglaterra, donde publicó su primer libro, y de que inició su carrera académica en Alemania. Actualmente hay strausianos diseminados a través de los Estados Unidos en departamentos de política, de historia o de clásicos. Strauss concibió la historia como la lucha por la afirmación de la libertad frente a la tiranía y el abuso. Los grandes pensadores tienden a ser luchadores por la libertad que esconden sus ideas y escriben disfrazando sus verdaderos pensamientos detrás de un discurso aceptable para los poderosos. Para entender la historia hay que desvelar la agenda secreta de la libertad. Un principio hermenéutico de Strauss es «leer entre líneas». Los strausianos del departamento de defensa sostienen que frente a los enemigos de la libertad, para saber realmente cómo son las cosas, uno debe suponer que la realidad es mucho peor que lo que la evidencia confirma, y debe interpretar la evidencia desde este supuesto. La aplicación de las ideas de Strauss a la recolección y análisis de la información sobre Irak le permitió al departamento de defensa concluir, por supuesto que con la ayuda de datos proporcionados por Ahmed Chalabi, el Manrique del medio oriente, y otros exilados iraquíes de la misma calaña, que Irak poseía cuantiosas armas químicas y bacteriológicas y

un programa de armas nucleares bastante avanzado, y que mantenía estrechas relaciones con *al Qaëda*. La prensa estadounidense ha sacado a la luz y denunciado esta bizarra presencia strausiana en la política exterior estadounidense, pero no parece percibir la criminal soberbia desplegada en el centro mismo del gobierno de Bush.⁵

Mucho más consideración le ha prestado el gobierno estadounidense a cómo ocultar la realidad brutal de la guerra que a determinar cuál sería su costo en vidas y en sufrimiento. Rumsfeld permanece callado frente a la destrucción, pero corre a denunciar que la prensa está dándole demasiada cobertura al saqueo y muy poca al heroísmo y a las celebraciones por la liberación, como si la destrucción completa del museo nacional de arqueología y cultura de Irak fuese comparable con la parrillada que le ofrecen en su casa a una joven soldado que fue rescatada después de pasar una semana en manos iraquíes. Existen sospechas fundadas de que el uranio que se usa en las municiones de artillería gracias a su extrema dureza tiene un efecto salvaje e indiscriminado sobre la salud de la población, incrementando índices de cáncer y otras enfermedades asociadas con la contaminación radioactiva. Lejos de colaborar pronta y abiertamente para determinar los hechos, lejos de suspender el uso de uranio en el armamento mientras haya este riesgo (o de al menos explicar por qué es menos malo el seguir usándolo), el gobierno y las fuerzas armadas estadounidenses no han hecho sino interferir y desinformar.

Nadie puede negar que Irak con Saddam Hussein era un peligro para los Estados Unidos. Sin embargo, y dejando de lado la cuestión de cómo y por qué los Estados Unidos convierten a Hussein en su enemigo, cabe preguntarse ¿qué tan grave era el riesgo? ¿qué alternativas a la guerra habían para reducir el peligro? Los estadounidenses reconocen la relevancia moral de estas preguntas. No es inusual escuchar decir en Estados Unidos que esta guerra relativamente menor ha evitado una mucho mayor que tal vez se hubiese luchado en las calles de Nueva York.

La discusión moral sigue siendo la misma ahora que cuando escribí esta nota. Y prácticamente nada que sea moralmente relevante ha cambiado desde entonces.⁶

⁵ Ver MERSN, Seymour M. «Selective Intelligence». En: *The New Yorker*, 12 de mayo del 2003. El anuncio reciente de que la CIA investigaría los errores de la inteligencia estadounidense sobre Irak es evidencia de que los strausianos pueden perder su lugar preeminente dentro de la política exterior estadounidense. Eso, sin embargo, no conllevaría un cambio importante en la política exterior de Bush.

⁶ Estoy en deuda con Talbot Brewer, Fernando Carballo, Roque Carrión Wam, Cora Diamond, Patricia Mendoza, Isa Wiener y Alonso Zarzar, por sus comentarios y por nuestras conversaciones sobre estos temas.